

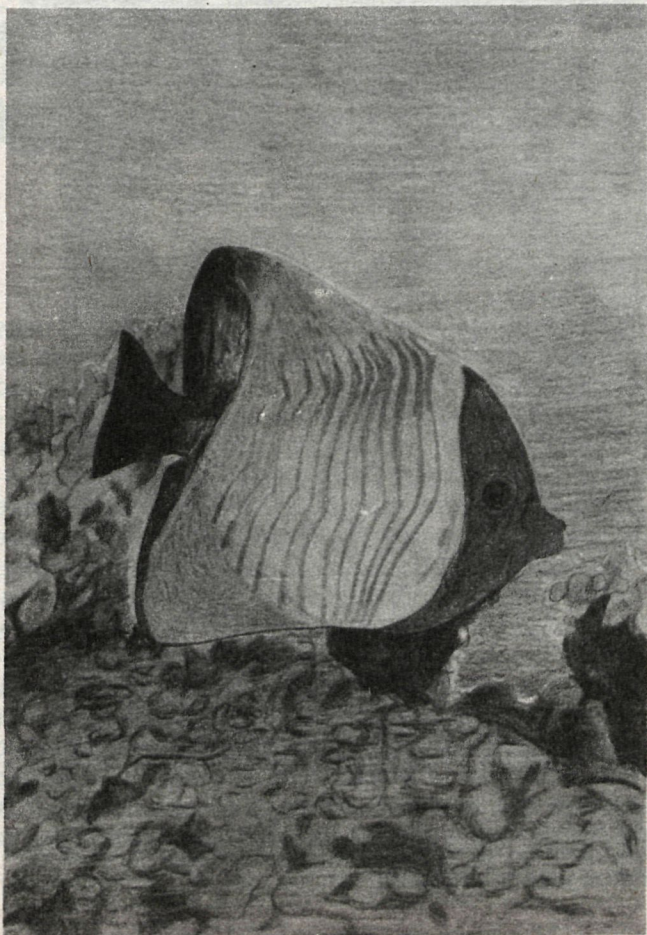
de la provincia, el gorrión, un granívoro que no desdén a la hora de buscar alimento, las larvas de los insectos y que siente especial predilección por los ortópteros, amén de que es capaz de dejar sin grano de uva un parral o sin botones los tallos de todo un frutal. Las gentes del pueblo que también tienen su corazoncito al igual que lo tenía «el Julián» de «La Verbena de la Paloma» se han convertido y dentro de la jungla de asfalto, en sus más decididos protectores, por lo que nada tiene de particular ver sobre las aceras pastones de migas de pan, óvulo con el que esas buenas gentes que aún quedan contribuyen al alimento del eterno «golfillo» que dan vida y movimiento a plazas, plazuelas, jardines y aleros de la cada vez más vieja y más sucia capital de España. Claro es que no faltan quienes consideran que lo mejor es sacar provecho de sus escasas carnes, por lo que no dudan en colocar ballestas y cepos a la espera de su captura. Hermano de especie, vestidor de mejores galas y preferido por quienes gustan de los trinos, es el jilgero. Los machos, dotados de collarín y careta en rojo, permite que se les distinga a distancia, por lo que cuando caen atrapados en las redes pueden alcanzar el indulto a sus vidas a cambio de cumplir cadena perpetua en la jaula de cualquier taller de zapatero remendón, tahona o garaje aunque bien es cierto que el aumento del nivel de vida también ha llegado para estos animales, por lo que tampoco tiene nada de extraño verlos en pajarerías de lujo o en salas y comedores de personas de acomodo. Quedan también vestigios de la torcaz, una paloma emparentada con



las que sobrevuelan la fachada del Palacio de Comunicaciones pero con las que no hace vida en común, pues es de costumbres silvestres, de gran fortaleza, aguerrida y valiente, virtudes todas ellas que en más de una ocasión la ha llevado a ser protagonista y víctima propiciatoria de una partida de caza, lo que es tanto como decir que acabó siendo dama principal en cazuela de mesa en la que no imperan remilgos gastronómicos.

El que desapareció totalmente, hasta llegar a su extinción dentro de los límites geográficos de Madrid, fue el sisón, una gallinácea muy parecida a la de corral que gusta de tomar querencias al frescor de los campos sembrados de alfalfa y que en más de una ocasión alguno fue absorbido en vuelo por la turbina de un reactor, razón por la que en las inmediaciones de la base americana de Torrejón el amigo de los animales, doctor Rodríguez de la Fuente, optó, hace unos años, por romper las amistades con los sisones, dando una batida de cetrería, con lo que los pocos supervivientes hubieron de emigrar a otras latitudes. Cosas del imperio del dólar.

La flora también rompió su equilibrio. Un equilibrio que siempre tuvo visible contraste en el juego de color de las flores que todos los años y en cada una de sus calendas rompían en pétalos. Incluso tuvo las lindes del Manzanares sus buenos magnolios, árbol de gran envergadura y delicado juego floral, siempre blanco y de reminiscencias románticas. Como románticas fueron las lilas que llegaron a florecer en la mismísima Casa de Campo y que encontraba acomodo en solapas abrigadas de nuestros campos. Y el alhelí, del





que tanto jugo sacaran las abejas para elaborar miel y cera. O la crucífera «boca de dragón» que se encontraba en las torchas de los campos de siembra, alejada de la amapola y formando a distancia los colores de la enseña patria. Y ya en cultivo, los pensamientos, las azucenas y la dalia. Todas estas plantas han sufrido las consecuencias de los malos tratos. Tan malos como los que les dispensan manos asesinas a nuestros pinos, de fecundación serofila y sobre los que se ciñe, nada más llegar los calores, el peligro del incendiario de turno. Y es así como van quedando los montes, las laderas de una serranía que nada tuvo que envidiar a las de más renombre y fama de nuestra geografía patria. Tal vez fuera porque los madrileños, abogados por la acusación de centristas, siempre preferimos callar lo bueno de nuestra tierra. O tal vez nunca supimos valorarlo. Una tierra que se hace en la provincia muestrario del suelo ibérico.



DE SOMOSIERRA A ARANJUEZ

Serranía que son espejo de los macizos rocosos de Santander. Verdes como las estribaciones de Carrales y que se asoman al Alberche allá junto a Pelayos de la Presa y San Martín de Valdeiglesias. Monstruos de piedra dura y monumental por nuestra Pedriza de aire real, junto a Manzanares de no menor realeza. O Somosierra, con ese espiguelo de pueblecitos perdidos, de aldeas que guardan similitud con las astures-leonesas como son Horcajuelo, Prádena del Rincón, Gascones, La Hiruela o La Acebeda. Abundan las aguas y corren limpias y cristalinas formando arroyos, porque Rascafría, La Morcuera y el pico de La Peñota saben atesorar nieves para brindar caudal en los deshielos. Brota el Angostura hasta hacerse curso mayor y pasar a ser Lozoya, el curso que antaño tuviera las mejores aguas de toda España. Y frente a tal abundancia de ricos caudales, la

depresión reseca de los campos castellanos queda reflejada en tierras de Colmenar. Más abajo, siguiendo el curso del Jarama, madrileño de adopción cerca de El Espartal y tras haber hecho de frontera natural con Guadalajara, aparece toda la fértil vega de Aranjuez en la que aún es posible cultivar espárragos y fresas. Y en tan corto espacio Madrid cuenta con la cordillera nevada, la aridez polvorienta, los campos de mies y los cultivos propios de zonas meridionales. En Madrid, dentro de la provincia de Madrid, todo es posible. Hasta que se puede encontrar vestigios de ardillas en los árboles y de truchas en los ríos. Pero éste es tema que merece un comentario especial, como especial debe ser el tratamiento que habrá de dispensar la Diputación a los recursos naturales que hoy por hoy parece ser sólo tienen derecho a hacerlos suyos las provincias que no quedaron encerradas, encarceladas, diría yo, en ese centro geográfico y geométrico de la Península.

José A. DONAIRE
Fotos: ARCHIVO



Madrid celebró el día de la banderita y la Diputación, como es tradicional, puso su mesa en la calle de Miguel Angel, 25, presidiendo la citada mesa la Excm. Sra. D.^a María Jaque de Castellanos, a la que acompañaron la Ilma. Sra. D.^a Juana Ferrer de Arroyo Soberón, Ilma. Sra. D.^a M.^a Dolores García de García-Moreno, Ilma. Sra. Doña M.^a Concepción de Miguel de Domínguez Posada y la Ilma. Sra. D.^a Lourdes Gorosábel de Matos



LIBROS

Unos relatos del último Nobel literario

Isaac Bashevis Singer fue una sorpresa para el lector español. Y no para el lector medio, poco dado a buscar, sino reducido a leer lo que se le da, que a través de encuestas de urgencia todos pudimos darnos cuenta de que el escritor Isaac Bashevis Singer era un perfecto desconocido, a la hora que se le otorgó el Nobel, para la inmensa mayoría de los más escrupulosos especialistas españoles.

Y, sin embargo, algunas obras de este autor judeo-polaco, nacionalizado norteamericano, fueron publicadas entre nosotros hace algún tiempo. Ahora una de ellas, «Un amigo de Kafka y otros relatos», acaba de reimprimirse después de ser saldada la primera edición en los grandes almacenes. El éxito de venta se da por descontado.

Singer publicó este libro hace ocho años, es, por tanto, una de sus obras recientes y ella nos puede dar idea de la madurez literaria de éste para nosotros raro escritor en quien se fijaron los ilustres jurados de la Academia sueca.

En realidad, más que cuentos o relatos, lo que Singer nos ofrece aquí son como dioramas, apuntes, bosquejos, trazos o pequeños esbozos literarios en donde se nos muestra a esa crepitante e hirviente sociedad marginada que componen los judíos de la Europa central que emigraron a Norteamérica. Este es el tema general del libro y el ambiente que se respira a través de sus páginas. Singer, narrador de buen pulso, nos ofrece una gama dispar, encontrada a veces, pero que precisamente por ello confiere una perfecta unidad al libro.

De la ternura se pasa a la tragedia. O del humorismo, al sentimentalismo. Pero nunca sin salirse de la acotación en donde mueve a sus admirables «personajes judíos». Maestro de las descripciones rápidas, sin morosidades, Singer se muestra en este libro como un autor lleno de eficacias al que habrá que seguir leyendo.

«Un amigo de Kafka y otros relatos».—Isaac Bashevis Singer.—Editorial Planeta.—Barcelona, 1978.

B. de C.

ARTE

Julio Ruiz López

La exposición que el pintor Julio Ruiz López muestra en Madrid, constituye aquello que mi maestro en la visión de las artes plásticas (a Eugenio d'Ors no le gustaba la palabra «crítico») decía al hablar del preterido Paúl Cézanne. El usual y reducido bodegón, el paisaje rinconero y el otro, la figura posada (aunque no, exactamente en este caso de hoy, el retrato individual y frecuente de figura incompleta que caracterizó a Cézanne) bastarían para motivos culminantes de ejercicios. Y el propio Eugenio d'Ors añadía sobre el gran pintor francés de la posteridad, matizando el doble tema de los grupos de desnudos al aire libre: «Estábamos para escribir: de los "deberes" de su largo aprendizaje, pues como el estudiante de una lengua que traduce como temas de cotidiana labor, Cézanne se contentará con modestísimos escenarios, reducidos y silenciosos».

Julio Ruiz López, cuya obra conozco bastante a fondo desde su proceso de creación, ahí está en puro y asentado ejercicio, en colmados «deberes», aunque lo más cierto todavía es que nunca se termina de aprender. Nunca. Ello es lo bueno. «Creo que, por fin, toco a la realización», decía, poco antes de morir, el autor del definitivo lienzo «Los jugadores».

De este pintor madrileño que hoy traemos a nuestra sección, debemos resaltar un tipo de obra que le dan la medida de su camino definitivo. Con su «Botijos» y otros bodegones de la exposición actual que comentamos, centra su mejor tarea. En esta serie de sus bodegones, pues, es adonde Julio Ruiz López colma la austeridad del pequeño escenario, con potencialidad de colorista, lejos para su coleteo de la pomposa, noble y archivistada versión cortesana de un veneciano. Si ha habido pintores que han culminado con «bodegones de comedor», «bodegones de cocina», Julio Ruiz López lo acaba de conseguir en verdadera aportación con lo que bien pudiéramos denominar «bodegón de sacristía».

Rafael FLOREZ



TEATRO

A «Rajatabla»

Sigue siendo (aparte de las actuaciones de teatro cultural en el Teatro Martín, encabezado por María Paz Ballesteros) el Grupo «Rajatabla», del Taller de Teatro del Ateneo de Caracas, lo mejor que se hace en Madrid desde que irrumpió la temporada teatral. Tan distante de la especulación de todo tipo que abunda en los escenarios madrileños (erotismo, pornografía, política, frivolidad blanca), esta brillante investigación que viene realizando desde la sala III del Centro Cultural de la villa de Madrid, en la plaza de Colón, constituye un alto ejemplo de lo que se debe hacer. Así, antes, poco antes, con la puesta en escena de «El señor Presidente» (sobre la célebre novela de Miguel Angel Asturias) y ahora con «El candidato», de Buenaventura, adaptado por Larry Herrera y dirigido por Carlos Giménez, asistimos a un teatro que responde a las raíces de su pueblo, que egita sin proponérselo, verdadero teatro combatiente y de agresión en lo estético, lo sociológico y lo ideológico. Verdadera gran poética a la vez que se despliega el más evidente desafío a una insoportable realidad de realidades, denuncia, pues, a gritos desde tu mejor testimonio.

Se trata (con «El candidato») de un texto escrito a partir de «El menú», de Enrique Buenaventura, todo un gran escritor colombiano que ahonda en la problemática de su país, de su continente. Digamos a manera de síntesis por la falta de espacio y por razón de aglutinar la tarea del Grupo «Rajatabla» en lo que va de temporada en Madrid, que en «El candidato» se mantiene la perfección formal, admirable, que ya nos dio la fuerza con que vimos anteriormente «El señor Presidente». Pero ahora con una ventaja: «El candidato» salta todas las barreras para introducirse en el espectador, envolviéndolo, integrándolo, logrando cumplir la suprema ambición de todo grupo teatral afanoso de los mejores hallazgos. Esta nueva obra y puesta en escena de «Rajatabla» en Madrid, nos insiste en la temática de la vida política latinoamericana. La larga lista de nombres que hacen realidad esta puesta en escena hace imposible que la mencionemos aquí, y por ello sigue siendo de justicia resumirlo en el nombre de su animador principal: el ya citado conductor y creador Carlos Giménez. Felicitemosles y felicitemosnos de tener en Madrid a este Grupo venezolano.

Aristarco ACEVEDO

